

Harald Thun (Kiel)

Félix de Azara, los jesuitas y el guaraní

1. Félix de Azara, polemista y científico

Félix de Azara (1746-1821), natural de Barbuñales/Aragón, ingeniero militar de formación, delimitador de límites en el Río de la Plata por obligación y naturalista por vocación, es uno de aquellos autores que provocan la interpretación polémica de sus obras porque en sus escritos ya siembran ellos mismos la polémica. Al lado de esta actitud deliberada existe, en el caso de Azara, una segunda razón que alimenta la reacción agresiva en no pocos de sus lectores. Es el hecho de que en su vasta obra abundan las contradicciones. Buena parte de ellas no se deberán a una percepción frágil e inconstante del mundo o a una aplicación insegura de sus propios criterios sino que son el tributo que paga Azara a su temperamento polémico que estalla a veces, cuando nuestro autor enfrenta directamente a sus contrarios, en un verdadero furor. Ahora bien, aceptar el desafío que lanzó el mismo Azara y retorcerle sus propias incoherencias para desarmarlo es una táctica comprensible cuando aplicada por sus adversarios predilectos, los jesuitas.

Están, por otra parte, los que son como aliados naturales de Azara porque adoptan una posición muy crítica en el debate todavía no concluido sobre el alcance filosófico, teológico, político, económico, etnográfico y hasta lingüístico de la experiencia de las reducciones jesuíticas en América del Sur. Se une a esta corriente científica una latente aversión popular y tradicional contra la introducción de los jesuitas en los países por donde viajó Azara y entre los que se repartió, después de la independencia, el territorio histórico de las reducciones rioplatenses: Paraguay, Argentina, Uruguay y Brasil. Por este lado notamos mucha indulgencia para con las incoherencias de nuestro autor, actitud que va del olvido de ellas hasta la admiración incondicional de los aportes científicos de Azara.

Ninguna de las dos posturas puede ser la de la historia de la ciencia. Los críticos eclesiásticos y sus correligionarios tienden a disminuir hasta cero el valor científico de la obra de Azara. La instrumentalización de Azara por el campo anticlerical y antijesuítico implica, por el otro lado, la absolución de sus excesos polémicos, lo que tampoco es aceptable porque no hay que confundir estos ataques verbales con

palabras imprudentes que se le escapan a uno en el ardor de una discusión cara a cara con los adversarios. Son frases escritas en informes oficiales dirigidos al Rey o insertas en obras impresas o destinadas a la imprenta por un autor que organizaba su entrada en el mundo científico internacional de la época. No hay otra solución que tomarlas en serio y confrontarlas, tema por tema, con las partes no polémicas de la obra, siguiendo siempre la regla áurea de la interpretación simpatética.

Seleccionamos a este propósito, en la segunda parte de nuestro artículo, un tema lingüístico que se combina con otro biológico. Examinamos las observaciones metalingüísticas que formula Azara sobre el guaraní y el uso (“lengua objeto”) que hace de esta lengua en la descripción de la fauna rioplatense. Ni el primero ni el segundo de estos aspectos han sido tratados sistemáticamente, según parece, por los que han escrito sobre Azara. Sin embargo, los dos aspectos forman un lado importante de su labor y brindan al mismo tiempo un terreno propicio para la aplicación del método interpretativo que nos proponemos, o sea la separación de la polémica y de la observación fundada. En este campo de la combinación entre lengua y zoología, Azara rivaliza con los jesuitas. Esta constelación nos permite ir más allá de los comentarios que hace Azara sobre sus adversarios y ver cómo se combinan en su propia actividad científica lo dicho sobre los demás con lo hecho por él mismo. Veremos que hay como dos Azara.

2. Azara provocador de comentarios extremos

2.1 Admiradores

Para Bartolome Mitre, Azara es el [Alejandro de] Humboldt rioplatense:

Considerado como geógrafo, naturalista, etnólogo e historiador del Río de la Plata, es el Humboldt moderno de esta parte de América, que solo, sin estímulos, en medio de los desiertos, sin conocer más ciencias que las matemáticas y guiado por su genio observador, creó un sistema nuevo de clasificación zoológica, midió y describió gráficamente su territorio, estudió razas indígenas, revelando por decirlo así, un mundo desconocido y siendo el precursor de los que después han continuado su tarea (Mañé Garzón 1996: 18).

Entre los historiadores modernos de la ciencia, Fernando Mañé Garzón (1996: 188) realza, dentro de la obra de Azara, la parte etno-

gráfica y lingüística, destacando como características la visión sintética y la precisión de los detalles:

Su contribución etnográfica es con toda seguridad la más importante realizada en forma global y precisa. Si bien los naturalistas jesuitas contribuyeron con monografías fundamentales a la lingüística y la etnografía sudamericanas, lo hicieron sobre naciones o parcialidades aisladas, mientras que Azara supo describir objetivamente y con criterio científico las más importantes de ellas y dió a conocer, comparándolas, sus diferencias físicas, culturales y lingüísticas. Habrá que esperar la obra de Alcide d'Orbigny para encontrar un avance con respecto al aporte hecho por Azara.

Veremos más adelante cómo se manifiestan, en lo lingüístico, “la descripción objetiva” y “el criterio científico”, la comparación y la descripción pormenorizada.

Augusto Ocampos Caballero y M^a Rosario Rodríguez García, autores de una reciente biografía panegírica sobre Azara, encuentran también mucha precisión en las descripciones lingüísticas: “El lenguaje es estudiado con meticulosidad, véase como ejemplo el de los guaraníes” (Ocampos Caballero/Rodríguez García 1995: 78). Reproducen, sin embargo, pocas páginas antes, el famoso pasaje (que nos ocupará más abajo) donde Azara compara el guaraní con el ladrido de los perros (Ocampos Caballero/Rodríguez García 1995: 74).

2.2 Adversarios

En el campo opuesto están, como es de esperar, los jesuitas. Citamos a dos autores modernos. El autor de la síntesis monumental sobre las reducciones jesuíticas *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús* (2 vols., Barcelona 1913), el Padre Pablo Hernández, “religioso de la misma compañía”, dedica siete capítulos a los juicios que formula Azara sobre los jesuitas y el sistema reduccional (Hernández 1913, II: 338-406). Hernández lo considera, a pesar de algunos pocos “conceptos favorables” (título del cap. 237), como uno de los más porfiados adversarios de los jesuitas, reprochándole en sus descripciones “enormidades é invenciones” (título del cap. 239). Ante tal resultado desastroso intenta al final, con psicología no muy bien intencionada, explicar esta actitud como característica de la época en general y del ambiente familiar de Azara en particular:

Increíble parecería, si no estuvieran escritas é impresas sus obras, el cúmulo de afirmaciones falsas, absurdas é inventadas que amontonó D. Félix de Azara, tratándose de los Jesuítas (Hernández 1913, II: 388).

[...] sin equivocación puede decirse que apenas hay afirmación de Azara en lo que toca á Jesuítas y Guaraníes, que no sea errónea (Hernández 1913, II: 392).

Azara nació y vivió en una época en que era lo corriente decir todo el mal posible de los Jesuítas [...] tuvo por hermano á D. Nicolás de Azara, que se cuenta entre los más encarnizados enemigos de los Jesuítas. Venido á América, vivió muchos años en la Asunción del Paraguay, donde estaban arraigados los encomenderos. Todo esto explica que sus juicios respecto de los Jesuítas sean los de un enemigo (Hernández 1913, II: 397).

Para invalidar los aportes científicos de Azara, Hernández se complace a reproducir la opinión de algunos contemporáneos suyos, especialistas no jesuitas. Avanza el dictamen del historiador Francisco Bauzá que elogia “la parte geográfica” en la obra de Azara, critica “la parte histórica” y reduce la “parte etnográfica” a poca cosa: “Escaso valor tienen sus observaciones sobre los indígenas del Plata” (Bauzá, n. 6, cit. Hernández 1913, II: 398). Más severo todavía es el parecer del escritor paraguayo Manuel Domínguez para quien Azara es como un intocable de la ciencia:

La crítica ha despedazado á Azara, y tan despedazado le ha dejado, que entre los entendidos, es de mal agüero tomarle por guía, así en etnología como en historia (Domínguez 11, cit. Hernández 1913, II: 399).

Nuestro contemporáneo, el conocido especialista de la historia de los jesuitas en el Paraguay y del guaraní, Bartoméu Melià, continúa por un lado la vehemente reacción jesuita contra los ataques de Azara, caracterizando, en breves notas bibliográficas sobre dos obras importantes de nuestro autor, su interpretación del Paraguay como “Visión colonialista y tendenciosa del proceso paraguayo”, que “ha tenido una enorme influencia en la ideología actual del Paraguay; antiindígena y racista”. Azara es “malísimo historiador”, ofrece, sin embargo “datos de interés, sobre todo en el campo de la ‘historia natural’” (Melià 1990: 114).¹ Por el otro lado, Melià suaviza el juicio tradicionalmente severo que acabamos de conocer, cuando pasa a utilizar informaciones sobre detalles étnicos, lingüísticos y sociolingüísticos que le brinda la obra de Azara. Así, la mencionada comparación del guaraní con el ladrido de los perros la ve, con cierta indulgencia, como “burla de mal

1 “Orientaciones bibliográficas”, aquí sobre Azara (1847a; 1998).

gusto” (Melià 1992: 23). En otro contexto, Melià (2003: 97) concuerda por lo menos en parte con Azara cuando éste reduce la competencia lingüística de los padres jesuitas, en cierta fase de la misión, a la aplicación repetida de algunos pocos textos como el catecismo y algunas oraciones. Melià (1992: 61) identifica el problema expresivo de Azara como autor que puede tener razón en los hechos pero que se perjudica a sí mismo por su maña polémica: “La crítica hecha por Azara sobre este punto tendría su fundamento, por más que, tal como está formulada, se revelase falsa”. Por fin, no esconde su reconocimiento del interés y de la exactitud de las observaciones, diríamos de “sociología de las lenguas”, cuando Azara subraya que una de las diferencias más importantes entre los gobiernos de Buenos Aires y de Paraguay es el uso del castellano y del guaraní respectivamente precisando que hay bilingüismo “de los más cultos” (Melià 1992: 61) en la ciudad de Corrientes y que se da el caso curioso del uso del castellano entre los varones de Curuguaty y del guaraní en esta misma ciudad entre las mujeres.

Es esta dirección indicada por Melià, la de la distinción entre la expresión polémica y los hechos correctamente observados que nos parece señalar el buen camino hacia una interpretación más justa de la obra de Azara. Pero damos primero un espacio a nuestro autor mismo, después de haber escuchado las voces de los otros, o sea de sus admiradores o adversarios, voces que evidencian una fuerte tendencia hacia la incondicionalidad. La objetividad exige, además, que coloquemos a Azara en medio de sus colegas españoles contemporáneos, lo que haremos después de haber presentado a Azara por sí mismo.

3. Azara por Azara

3.1 Los principios de la observación directa y de la documentación crítica

Con orgullo justificado por los conocimientos adquiridos durante veinte años de estadía en el Río de la Plata, Azara declara que “no gusto de conjeturas, sino de hechos” (Azara 1998, X: 7),² que la información le viene de la observación directa: “Según he podido juzgar

2 Señalamos, para facilitar la comparación entre original y traducción, la división del texto por capítulos.

visitando todos los pueblos” (Azara 1847a, XIII: 18) o, donde no había posibilidad de acceso personal, que había acudido a fuentes originales y testigos fidedignos: “donde yo no he tenido ocasión de entrar, tomaré mi *Descripción* de los datos y noticias proporcionados por antiguos manuscritos o por personas que han visto a algunos de estos indios” (Azara 1998, X: 33).

3.2 Juicios de Azara sobre la obra de los Jesuitas

3.2.1 Juicios moderadamente positivos

Entre los religiosos que actuaban en el Río de la Plata, los jesuitas son, para Azara, los que mejor se ocupaban de sus indígenas reducidos:

[...] pero como los Jesuítas eran más hábiles, moderados y económicos, miraban á sus pueblos obra suya y como propiedad particular los amaban y procuraban mejorar (Azara 1847a, XIII: 19).

Ofrecían, dentro de lo que fuera posible después de haberse impuesto por la fuerza el contacto con los blancos, una tercera forma de convivencia de los indígenas con los europeos. Protegían a los guaraníes del abuso de la explotación de la mano de obra indígena que se practicaba en las encomiendas de los españoles y, a la vez, de los bandeirantes portugueses o “mamelucos”, valiéndose del terror que causaban las irrupciones de aquellos cazadores de esclavos:

Los Jesuítas libraron a sus pueblos de los encomenderos (Azara 1998, XIII: 129). [...] estos famosos pueblos jesuíticos debieron su formación más al miedo que los portugueses les inspiraban a los indios que al talento persuasivo de los jesuitas (Azara 1998, XIII: 121).

Comparada con la encomienda y la vida en la reducción, la esclavitud entre los portugueses era lo peor:

Los Guaraníes que cayeron en poder de los paraguayos y Jesuítas espanoles fueron felices, porque se han conservado, multiplicado y adquirido alguna civilización, aunque no la que pudieran (Ms. de Río de Janeiro, Col. Angelis, cit. por Hernández 1913, II: 388).

En la jerarquía de las tres formas de vida indígena bajo el mando de los europeos, la reducción jesuítica se destaca como la mejor, la menos dura:

Es menester convenir en que aunque los padres mandaban allí en un todo, usaron de su autoridad con una suavidad y moderacion que no puede menos de admirarse. A todos daban su vestuario y alimento abundante.

Hacian trabajar á los varones sin ostigarlos poco mas de la mitad del dia. Aun esto se hacia á modo de fiesta (Azara 1847a, XIII: 16).

Sin embargo, como buen sujeto de un rey que se esforzaba a modernizar la economía para aumentar la rentabilidad de sus estados, Azara convierte este elogio en crítica, al inicio moderada, después de más en más feroz:

Verdad es que si por un lado este menos de trabajo de los indios acredita la moderacion de los padres, no deja de ser por otro disminucion de la industria y del caudal de la nacion (Azara 1847a, XIII: 17).

Más vale la producción que el trato humano. Los padres jesuitas habrían sustraído parte de la fuerza laboral indígena a la economía del reino. Pero la verdadera causa, como veremos, no es la moderación de los padres sino el régimen comunitario. Este argumento tiene toda su actualidad para la época contemporánea de Azara porque todavía, a pesar de la expulsión de los jesuitas, no se había abolido de hecho la comunidad de los bienes en los pueblos de los indígenas.³ Este es el pecado capital de los jesuitas, la causa de una productividad que no llegó a la dimensión de lo que hubiera sido posible, y el origen de toda la miseria que existe en las reducciones después del año 1767. Es con este argumento económico, repetido en sus informes al Rey, que Azara entra en la polémica discusión sobre el futuro de los pueblos jesuíticos. En torno a la cuestión de la comunidad de los bienes se agudiza la crítica que Azara dirige a los jesuitas hasta convertir sus juicios en obvia exageración y hasta someter todos los demás aspectos a la visión muy negativa del sistema económico.

3.2.3 Juicios negativos

3.2.3.1 Sobre el sistema de la comunidad de los bienes

La crítica del sistema comunitario lo lleva a Azara hasta alabar la encomienda que, como hemos visto, considera en otra ocasión como alternativa menos soportable para los indígenas. Tampoco falta la poco velada crítica dirigida a sus colegas iluministas, los “filósofos de Europa” cuyo juicio no se basa en el conocimiento directo de la realidad:

3 Contrariamente a lo que propuso el plan del gobernador Bucareli; cf. Maeder (1992: 20-29).

[...] lo que mas han vituperado los filósofos de Europa, son nuestras encomiendas, y lo que mas han aplaudido, es el gobierno en comunidad de los pueblos, no obstante que lo primero limitado á las dos vidas [a la del conquistador y a la de su heredero inmediato], fue el mayor esfuerzo de la prudencia humana [...] y lo segundo lo peor en materia gubernativa (Azara 1847a, XIII: 13).

Presenta, ocultando la tradición comunitaria de los indígenas que no podía no haber conocido, el sistema comunitario como innovación de los jesuitas:

Los indios desgraciados no deben atribuir su desgracia a los españoles [es decir a los encomenderos], sino al gobierno en comunidad que se les había dado y que, a pesar de ser el más absurdo, el más despótico y el peor de cuantos se pueden escoger, ha sido el único que los filósofos han elogiado (Azara 1998, XIII: 129).

En un informe destinado al Rey atribuye a este sistema el efecto de impedir todo desarrollo individual que exigen los ideales de la época y que está en armonía con las justas pretensiones económicas del monarca:

Los mencionados indios, casi desde su reduccion, hace tres siglos, han teniendo y tienen el gobierno mas singular y estraordinario que ha visto el mundo. Un gobierno en comunidad, en que no se permite la menor propiedad particular, en que nadie puede sacar la menor ventaja ni utilidad de su talento, industria, habilidad y virtudes, ni de sus facultades físicas: en que nadie es dueño de sí mismo, ni del tiempo, ni de su trabajo, ni del de su muger y familia: en que la desnudez, la hambre y miserias oprimen á todos; y en que V.M. ni ha sacado jamás un peso fuerte por los justos derechos debidos á la soberania (Azara 1836: 110).

Vimos más arriba que el mismo Azara admira, en otro texto, la abundancia de comida y de vestidos y la distribución igualitaria de estos bienes en las reducciones. Sus argumentos anticipan de manera sorprendente a los de los críticos modernos del comunismo:

[el régimen de bienes comunales] quitaba todos los estímulos de ejercitar la razon y los talentos: pues lo mismo habia de comer, vestir y gozar el mas aplicado, habil y virtuoso, que el mas malvado, torpe y holgazan (Azara 1847a, XIII: 9).

3.2.3.2 Sobre el paternalismo de los jesuitas

Más serio aunque también subordinado a la idea conductora de que sólo el individuo que desarrolla todas sus facultades es un sujeto útil del absolutismo mercantil, es el reproche de que el paternalismo de los

jesuitas mantenía a los indígenas en un estado de eterna niñez.⁴ Con este argumento Azara entra en el debate todavía vehemente sobre la experiencia jesuítica que se llevaba adelante en la naciente opinión pública de Europa. Esta vez aparece, pero solo para desaparecer en el mismo momento, la alternativa de la vida silvestre para los indígenas. La solución que se esboza es la integración de los indígenas en el sistema de la propiedad particular lo que presupone, en este orden de discusión, su reconocimiento como seres razonables y capaces de desarrollar ambiciones económicas individuales y lo que, por otra parte, no excluye un régimen semejante a la encomienda:

Los jesuitas llegaban a persuadir al mundo entero de que esta clase de gobierno era la única conveniente y que hacía la felicidad de estos indios que, semejantes a niños, eran incapaces de dirigirse por sí mismos. [...] pero acaso no se haga una reflexión, y es que ellos en el estado salvaje sabían alimentar a sus familias, y que estos mismos indios que se habían reducido y sujetado en el Paraguay vivían un siglo antes en estado de libertad, sin conocer esta comunidad de bienes, sin tener necesidad de ser dirigidos por nadie ni que se los excitara o forzara al trabajo, y sin guardaalmacén ni distribuidor de sus cosechas, [...]; y esto aún más todavía cuando ya tenían que soportar la carga de las encomiendas, que les quitaba la sexta parte de su trabajo anual. Parece, pues, que no eran tan niños y que no tenían la incapacidad que se quiere suponer; pero aunque así hubiese sido verdad, ya que el espacio de siglo y medio no había sido suficiente para corregir los defectos de los indios, parece que se debe concluir una de estas dos cosas: o que la administración de los jesuitas era contraria a la civilización de los indios, o que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de este estado de infancia (Azara 1998, XIII: 125).

3.2.3.3 Solución “darwinista” del problema

Se ha hablado de Azara precursor de Darwin por sus ideas sobre la evolución de la naturaleza (Mañé Garzón 1996, II: 189). Se puede hablar de darwinismo social por lo que atañe al plan que Azara propuso para que los indígenas saliesen del desastre que produjo el destierro de los jesuitas. En las palabras de Ernesto Maeder (1992: 191), las consecuencias del éxodo jesuíta se manifiestan así:

4 Es fácil encontrar esta imagen del indígena en los escritos jesuíticos. Cardiel quien toma como testigos a los demarcadores, escribe: “Todos, y ellos con todos, confiesan que el indio es un niño que no sabe cuidar de sí mismo; que es menester tratarle como a tal, y no de Usted, como a los niños: luego es menester gobernarle como a un niño” (Cardiel 1988: 95).

La declinación demográfica, el déficit financiero, la ruina del comercio, la caída de la producción, y, finalmente, lo más evidente y dramático como era la miseria y el abatamiento de los pueblos, constituían un problema que no hacía más que agravarse con el tiempo.

Azara recomienda una solución que no les desagradaría a los partidarios de la globalización económica moderna. El estado debería retirarse completamente de administrar servicios, también de la costosa e inútil educación:

Aunque se descuide plenamente la educación de los hijos no se perderá nada, pues en este caso están y han estado siempre. De los diezmos y primicias que hoy no pagan pueden alimentarse los curas y templos. Exíjase el tributo en frutos como algodón, lienzo o plata, duplicando en los pueblos y cuadruplicándolo a los guaraní desiertos que hay en el Paraguay, Corrientes, Santa Fe y Montevideo. De los bienes comunes pueden formarse propios, y repártense los restantes. Este plan, que por mayor insinúo, acarrearía en los primeros años un desorden espantoso porque desaparecerían las dehesas, los ganados y cuanto tienen los pueblos. Veríamos muchísimos indios que se hallarían en la última miseria, que habría una deserción que reduciría los pueblos a la mitad o menos, etc., pero al mismo tiempo creo que algunos indios enriquecerían, como sucede en el Perú, que éstos darían que trabajar a los pobres, que los desiertos que inundarían estas provincias las harían florecer con su trabajo. En una palabra, quitando la comunidad podrían perecer los pueblos, pero subsistiendo los indios nada perdería el Estado [...]. Este trastorno, que espanta a los más, es un antecedente preciso para que los indios se civilicen (Azara 1990: 158-159).

3.2.3.4 Crítica del modo jesuítico de formar reducciones

Para Azara (1836: 5, 32), la fama que adquirieron las célebres reducciones del Paraguay se debe más a la hábil propaganda jesuítica en Europa que a la realidad en América:

S. M. y sus Vireyes deben precavarse infinito de todo gobernador y eclesiástico que trate de *propaganda fide*, para no admitir jamás sus propuestas por mas ventajosas y cristianas que las pinten: porque, sobre que seguramente todo esto es inútil, y no ha tenido ni tendrá jamás un buen éxito, es vergonzoso dejarse engañar después de siglo y medio de experiencia por gente tonta, ó talvez ambiciosa, que por este camino no busca tanto lo que aparenta, como sus adelantamientos.

Toda misión es, en resumen, inútil, imposible y sólo pretexto para enriquecimiento personal. Es difícil decidir si en estos años tan poco alejados de la pérdida de las posesiones españolas en América, Azara aniquila en plena conciencia el histórico argumento justificativo de la conquista, la misión, dejando en pie, sin tocarlos por una discusión,

los “justos derechos debidos á la soberanía” que se condensan en el interés económico (vide supra) o si es, otra vez, la seducción del brillo estilístico que lo lleva a formular juicios tan exagerados. No hubo según Azara conquista espiritual sin conquista militar: “la fuerza tuvo en su formación [la de los pueblos jesuíticos] más parte que los medios eclesiásticos” (Azara 1998, XIII: 112), “sin que por esto crea yo que [los jesuitas] hubiesen logrado formalizar sus proyectos sin el auxilio de la fuerza secular, porque me consta que ninguna reducción de indios se ha formalizado sin ella” (Azara 1847a, XII: 13). Además, los primeros éxitos del ímpetu misionero de los jesuitas hubieran desembocado bien pronto en un estancamiento secular. Se puede descifrar esta constatación como prueba de lo inadecuado que era el método jesuítico o como reproche de inactividad:

formaron sus diecinueve primeros pueblos en el corto espacio de veinticinco años, y [...] el fruto de sus predicaciones faltó de pronto, sin obtener éxito alguno durante ciento doce años, es decir, desde el año 1634, época de la fundación de San Cosme, hasta 1746, que sometieron la de San Joaquín; y en este largo intervalo de tiempo no formaron otro que el de Jesús, y menos aún por sus predicaciones que por la ayuda de los indios de Itapúa, pueblo que tenía ya sesenta y un años de antigüedad (Azara 1998, XIII: 120).

Coincide, en la cadena argumentativa elaborada por Azara, el fracaso de los jesuitas ante los pueblos chaqueños (Azara 1836, vide supra) con la inculpada inutilidad de toda misión por la conquista espiritual, pero contradicen, evidentemente, estos esfuerzos tenaces el reproche de la languidez y de la declinación de la energía misionera.

3.2.3.5 Crítica de la educación de los indígenas

En lo económico Azara les reprocha a los jesuitas el hecho de no haber sacado de la fuerza laboral indígena todo el provecho posible, culpándoles además de no haber desarrollado las iniciativas del espíritu individualista, inherente también en los indígenas. Trasluce, en contrapartida, a través de su descripción de la educación en las reducciones, una imagen muy negativa de los indígenas. Por un lado, son los jesuitas que se hubieran limitado a una instrucción superficial tanto en materia de religión como en el arte de escribir y de leer:

La religión se reducía al bautismo y a algunas prácticas exteriores, y es creíble que los padres no insistiesen mucho en ello contentándose con ir la adelantando a igual proporción que la civilización.

Pero, por el otro lado, ¿sería posible, con el tiempo, tal progreso en la comprensión de la religión? Azara lo niega para la fase del primer contacto, disculpando casi a los jesuitas y echando la responsabilidad del poco éxito en la labor educativa a la naturaleza de los indígenas:

y en verdad que sus esfuerzos no podían tener el mejor éxito con unas gentes que diferían poco de las bestias, careciendo de toda instrucción y de los medios de adquirirla (Azara 1847a: 153).

No es de excluir que para Azara estos “medios” no son libros, escuelas y maestros sino capacidades intelectuales que les faltarían genéticamente (como diríamos hoy) a los indígenas. Reitera su visión negativa, tal vez hasta racista (cf. supra el juicio de Melià sobre Azara), en otras ocasiones, hablando de “los indios silvestres, á quienes solo la fuerza puede hacer que quieran oír, mas que no entiendan” (Azara 1847a, XII: 14). Ya hemos visto que en su plan para el futuro de los pueblos jesuíticos no ve ninguna necesidad de mejorar la educación, ni siquiera de ocuparse de ella, confiando “la civilización” de los indígenas únicamente al egoísmo económico que se desarrollaría espontáneamente en algunos de ellos. Está, además, el obstáculo lingüístico del que nos ocuparemos en el próximo capítulo.

No se ha dicho, en la historiografía moderna, la última palabra sobre el grado de alfabetización que se logró en las reducciones jesuíticas (Thun 2003: 9-24). No sabemos si Azara estaba informado de la existencia de cartas escritas por los indígenas de los siete pueblos misioneros (en el actual Río Grande del Sur) o de la correspondencia que llevaron los caciques indígenas con los gobernadores de Buenos Aires y del Paraguay en el tiempo de la transición de las reducciones a la administración civil. Lo cierto es que Azara minimiza el arte de leer y escribir que habían adquirido por lo menos algunos entre los indígenas en las reducciones:

Ninguno sabía leer y los músicos decían de memoria las misas que cantaban. Algunos habían aprendido a escribir o más bien a pintar las palabras, porque no las leían (Azara 1990: 153).

Lo que sí es cierto y conforme con la política jesuítica de aislar también por una barrera lingüística las reducciones de los “españoles” y lo que confirma además el hecho de escribir los indígenas sus quejas al gobernador en guaraní, es la poca extensión que tenía entre ellos el conocimiento del castellano:

Según he podido juzgar visitando todos los pueblos, ninguno entendía el español, ni leían ni escribían, sino en guaraní los pocos precisos para llevar cuenta de las entradas y salidas de almacenes etc. Ciencia ninguna y de las artes poco (Azara 1847a, XIII: 18).

3.2.3.6 Crítica de los conocimientos de los jesuitas en la práctica de las lenguas indígenas

Con el elogio de la aproximación de los jesuitas a las lenguas indígenas: “Los Jesuítas son sin contradicción, entre todos los eclesiásticos, los que más se aplicaron á aprender las lenguas indias” (Azara 1998, XII: 112) contrasta el juicio severo de los testigos indígenas que Azara alega:

[...] dicen los mismos indios que tuvieron pocos curas jesuitas capaces de predicar el Evangelio en guaraní. Aun en el Paraguay donde cuasi no se habla sino el guaraní, solo he hallado dos eclesiásticos que se atreviesen á predicar en dicha lengua, confesando el mucho trabajo que les costaba (Azara 1847a, XIII: 18).

El manejo del guaraní por parte de los jesuitas es también un aspecto de la experiencia de las reducciones todavía no esclarecido con las debidas pruebas históricas. Aquí donde nos interesa la presentación de la cuestión lingüística por Azara, constatamos nuevamente que su descripción no está libre de contradicciones. Hablando del Chaco admite que los jesuitas aprendieron muy bien las lenguas (por cierto no más fáciles que el guaraní) de varias tribus de aquella zona:

Los padres Jesuitas á quienes tengo por los más prácticos, diestros y diligentes en materia de reducciones, vivieron mas de veinte años en clase de curas doctrineros entre los Tobas, Pitilayas, Abipones, Mocobis, Albayas, Pampas y Minuanes sin poder formar una gramática ni catecismo en tales lenguas. Cuando hubiesen llegado a entenderlas y hablarlas perfectamente, no era posible transmitir á otros lo que ellos supiesen, por que todos ó casi todos los citados idiomas usan de sonidos que no pueden escribirse con nuestro alfabeto (Azara 1847a, X: 14).

En otra obra, Azara reconoce que los jesuitas lograron vencer este obstáculo de la puesta en grafía de sonidos inhabituales: “los jesuitas inventaron signos para recoger y expresar su pronunciación nasal y gutural” (Azara 1998, X: 34). Esto signos transliteraban el guaraní, pero ¿por qué no inventar otros para otras lenguas?

4. Azara hablando sobre el guaraní

La opinión sobre el guaraní que transmite Azara en sus obras destinadas a un vasto público, está lejos de fundarse en descripciones “meticulosas” como pretenden sus citados biógrafos paraguayos Augusto Ocampos Caballero / Rosário Rodríguez García (1995, cf. supra). No son muchas las ocasiones en las que Azara describe las características lingüísticas del guaraní. Como ya hemos visto, poseen un real interés científico sus observaciones de tipo sociolingüístico o de sociología de lenguas. El análisis lingüístico propiamente dicho no sobrepasa el nivel de los prejuicios que circulaban probablemente entre los españoles rioplatenses que no hablaban el guaraní (cf. 4.1 y 4.4). Por esta razón parece exagerado levantarlo a Azara, como lo hace Mañe Garzón (1996), al rango de lingüista del guaraní. Igual que en la presentación de otras facetas de la vida americana, encontramos en su pintura de la situación lingüística la ya conocida figura retórica de su polémica: a la descripción relativamente positiva de un estado de hechos le sigue un ataque frontal que quiere aniquilar la impresión positiva esbozada. Así, Azara le da al guaraní un lugar destacado dentro de la multitud de las lenguas americanas que ha conocido o de las que ha tomado conocimiento:

Entre las naciones que he descrito se encuentran treinta y cinco lenguas diferentes [...] no es hacer una suposición aventurada el creer que en toda la extensión de América habrá mil lenguas diferentes; es decir, acaso más que en toda Europa y en toda Asia (Azara 1998, XI: 101).

Una cosa igualmente incomprensible para mí es que el lenguaje guaraní haya podido extenderse por el territorio inmenso poseído por los portugueses y los franceses y en una parte del país que describo [...] entre un número tan grande de hordas independientes, casi aisladas y casi sin conocer comercio ninguno, ni menos el uso de libros; mientras que vemos que los Gobiernos de Francia y España, a pesar de sus esfuerzos, sus escuelas, sus libros y medios de comunicación, nunca han podido introducir en todas sus provincias el uso general y exclusivo del español y del francés (Azara 1998, XI: 94).

Sigue la valoración negativa y la caracterización generalizadora de todas las lenguas indígenas mencionadas:

[...] lenguas que parecen dictadas por la Naturaleza misma cuando enseñó a los perros a emitir sonidos; es decir, muy pobres en expresiones, casi todas nasales y guturales, empleando poco la lengua y semejantes en esto al lenguaje de los animales (Azara 1998, XI: 101).

Termina la digresión sobre las lenguas con la explicación de la sorprendente difusión del guaraní por su carácter animal:

La unidad del lenguaje entre los guaraníes, que ocupan una tan vasta extensión de país, ventaja que ninguna de las naciones civilizadas del mundo ha podido obtener, indica aun que estos salvajes han tenido el mismo maestro de lenguaje que enseñó a los perros a ladrar del mismo modo en todos los países (Azara 1998, XI: 101).

Si se trata, como opina B. Melià, de una burla de mal gusto, es por cierto también una burla pesada porque se repite a poca distancia.

5. Otras voces contemporáneas sobre los jesuitas, los indígenas y el guaraní

En los informes motivados por la expulsión de los jesuitas, la necesidad de reorganizar los pueblos jesuíticos y la actividad de los demarcadores españoles no escasean, por supuesto, los juicios sobre los jesuitas, los indígenas y el guaraní. Nos limitamos a algunos contemporáneos de Azara que son como sus colegas. Todos se conocían entre sí y todos eran funcionarios del rey de España, pero no coincidían en sus juicios.

5.1 El Marqués de Avilés

El Marqués de Avilés, virrey de la provincia de Buenos Aires a partir de 1799 y responsable de la mayor parte de las reducciones ex jesuíticas, caracteriza en su largo informe de agosto del 1800 el guaraní como “sumamente pobre” y opina que en la religión “nuestros principios abstractos para el convencimiento [de los guaraníes] son inexplicables en aquella Lengua”(§ 22).⁵ Sin advertir la contradicción con lo dicho inmediatamente antes, continúa con el elogio de la traducción al guaraní del catecismo: “es admirable, y como bajado del Cielo el Catecismo que en tiempo de la Conquista compuso Fr. Luis Bolaños, Religioso Franciscano”. Los jesuitas se valían de “Interpretes Barbaros” porque no entendían ellos mismos mucho la lengua guaraní. “Los Jesuytas, que solo sabian de la Lengua lo suficiente para su negocio, mandaban que ciertos Indios recitasen aquel Catecismo [del Fray Luis Bolaños] à los Demàs. La convivencia entre guaraníes y jesuitas era,

5 Cito de la copia conservada en el Archivo de las Indias, Sevilla, A I, Buenos Aires 322.

en el fondo, una larga historia de malentendidos recíprocos. Los jesuitas entendían el guaraní solo superficialmente y lo mismo valía por la comprensión de la religión católica por parte de los guaraníes a quienes, además, los jesuitas nunca enseñaron “nuestra Lengua (que ignoran todavía)” (§ 22). El Marqués de Avilés recomienda, como Azara (a quien se refiere en el § 21), la abolición de la comunidad de los bienes, la introducción del “sagrado derecho de propiedad individual” (§ 11) y anticipa la convicción del Paraguay independiente según la que el conocimiento del castellano es el único camino hacia el progreso (§ 46).⁶ Por esta razón, el virrey aplica el criterio lingüístico cuando, obedeciendo el orden real del 30 de noviembre de 1798, empieza a liberar los indígenas de las ex reducciones. Da primero la “libertad a 300. Padres de familia” “con mejor disposición para manejarse por sí mismo, y que juntamente entienden la Lengua Española” (§ 44). Se nota que el juicio del Marqués de Avilés sobre el guaraní es tan duro como el de Azara mientras que las medidas que propone y aplica para facilitar la transición de los indígenas a la vida “ilustrada” (§ 38) son más blandas que las del “darwinismo social” de Azara aunque el gobernador también duda de la eficacia de la enseñanza del castellano durante los 33 años que han corrido después de la expulsión de los jesuitas (§ 46). Coincide con su antecesor Bucareli en considerar al castellano, al lado del cultivo de las tierras y el libre comercio, como a una de las “tres bases de la civilización” (Hernández 1913, II: 203).

5.2 Alvear

Había entre los demarcadores también admiradores de la obra de los jesuitas. Cuenta entre ellos Diego de Alvear y Ponce León, general de la armada, “primer comisario y astrónomo en jefe de la segunda división de límites” y demarcador hasta 1801, quien en su extensa *Relación geográfica e histórica de la Provincia de Misiones*⁷ resume:

6 En una carta escrita por los corregidores y caciques de los treinta pueblos situados entre el Paraná y el Uruguay inmediatamente después de la expulsión de los jesuitas, carta compuesta en la residencia bonaerense del Gobernador Francisco Bucareli y Ursua – y tal vez bajo la influencia de él porque los representantes guaraníes le agradecen a Bucareli la liberación de su estado anterior de “esclavos” – los indígenas admiten: “Todos nosotros hemos de aprender la lengua castellana” (Brabo 1872: 105).

7 Publicado por Angelis (1836, IV: 1-106).

los PP. [los padres jesuitas] que conociendo tan bien el carácter de los Guaranís, como que los habian criado à segunda naturaleza, sacándolos de la barbarie y soledad del bosque á la cultura de una vida social y racional, acertaron á establecer un sistema de gobierno civil, tan adecuado al génio de la nacion, como raro y nuevo en el mundo (Angelis 1836, IV: 78)

y

Vimos el lucido pié en que pusieron los jesuitas estas Misiones con su buen régimen y particular economia en el manejo de caudales (Angelis 1836, IV: 92).

No duda de la competencia que poseían los jesuitas del guaraní y critica la poca capacidad lingüística de los curas actuales porque algunos “ignoran enteramente el guaraní [...] Otros vienen à aprenderlo aquí, y como sea algo dificil, ó no lo consiguen, ó tardan dos ó tres años” (Angelis 1836, IV: 91). Alvear propone, por lo menos por una fase de transición, una solución diglósica del problema lingüístico: el guaraní en la iglesia, el castellano en la escuela. Conforme a las disposiciones del Concilio de Lima, los curas

[...] deben predicar, confesar, dar el viático é instruir á los indios en su lengua, porque no saben otra [...] Los maestros de escuela por el contrario, deben enseñar á sus discípulos la doctrina cristiana, leer, escribir y contar, todo en castellano, sin permitir que se hable otro idioma en las escuelas; siendo la mente del Rey en la ereccion de este empleo, que los naturales aprendan la lengua nacional: para cuyo efecto se han expedido reiteradas órdenes hasta ahora sin fruto, y no hay que aguardar que sin las luces de este conocimiento acaben los Guaranís de civilizarse, ni las mayores progresos (Angelis 1836, IV: 91).

Describiendo el guaraní en la época jesuítica, Alvear reproduce, consintiendo, el conocido elogio de la lengua por los jesuitas y advierte, al mismo tiempo, la también conocida necesidad de llenar ciertas lagunas del vocabulario, abiertas por los conceptos de la cristianización:

Después de la doctrina se les enseñaba á contar desde uno hasta mil ó mas; el nombre de los dias de la semana; el de los meses del año, y otras cosas semejantes, siendo todo preciso, porque el idioma Guaraní, aunque tan elegante y fecundo, que el doctísimo Pedro Lozano lo compara con el griego, carece de frases propias para esplicar los conceptos que hemos referido, y no tiene numeros para contar mas de cinco, que son los dedos de la mano, y los indios se veian muy embarazados para expresar los pecados en la confesion cuando pasaban de aquel número (Angelis 1836, IV: 80).

Da también una prueba del guaraní, citando la fórmula con la que el indígena azotado debía agradecerle al padre jesuita la corrección: “*Aguyebe, Cherubá, chemboará gua a teepé*: que es lo mismo que ‘Dios te pague, Padre, que me has dado entendimiento ó luz para conocer mis yerros’”(Angelis 1836, IV: 56).⁸ Abundan, además, en la descripción de las actividades económicas de los pueblos misioneros, los términos en guaraní que se refieren a plantas, animales o tipos de embarcaciones (cf., por ejemplo 91 y 93). Falta en la imagen que nos pinta Alvear de la lengua guaraní, toda expresión de un prejuicio negativo. Sin embargo, su juicio sobre los guaraníes mismos es mucho menos favorable. Refiriéndose a sus características étnicas les atribuye “poquedad de su espíritu” (Angelis 1836, IV: 8) y, describiendo talvez los efectos de la aculturación, los compara con “bestias de carga [que] ejecutan sin réplica la voluntad del español” (Angelis 1836, IV: 90).

5.3 Doblas

Muy por el contrario, Gonzalo de Doblas, teniente de gobernador del nuevo departamento de Concepción con residencia en Candelarias desde 1781, es el que más simpatía siente para con los indígenas conociéndolos muy de cerca. No era demarcador pero mantenía muchos contactos con estos. Alvear recomienda la *Memoria historica, geografica, politica y economica sobre la Provincia de Misiones de indios guaranis* de Doblas⁹ a quienes quisieran información más detallada sobre la nueva provincia. Doblas compone su trabajo a pedido de Azara y este, después de haberlo leído, le insinúa una versión corregida porque encontró la primera redacción demasiado favorable a los jesuitas (cf. el *Discurso Preliminar*, Angelis 1836, III: III). Doblas ve en los indígenas “unos seres inteligentes y racionales, iguales míos por naturaleza” (Angelis 1836, III: IV). Contrasta la imagen convencional del guaraní perezoso e indolente con el vivo deseo de instruirse que Doblas encuentra en ellos:

Es grande la inclinacion que tienen estos indios á saber, de modo que siempre que se les proporciona ocasion de instruirse, la aprovechan. Todo aquello que ven egecutar á los españoles procuran imitarlo, y ponen atentos oídos, cuando en su idioma se les refieren algunos puntos de historia,

8 En guaraní moderno sería: “Aguije, che ru, chemo’ã haguére teetépe” – “Gracias, mi padre, por haberme iluminado en la verdad”.

9 Publicado por Angelis (1836, III: 3-116).

ó se les hace relacion de algunas particularidades de Europa, refiriéndolos ellos entre si con gusto y admiracion (Angelis 1836, III: 10).

Lamenta también Doblas la decadencia de la enseñanza en la época posjesuítica y el desconocimiento del castellano:

Pero lastima es que tienen cerradas las puertas á toda instruccion: ellos no entienden nuestro idioma, y en el suyo no hay quien les dé noticia de nada, sino unicamente de las cosas mas precisas de la religion: no tienen libros en que aprender, ni objetos que mirar, con que es preciso que su imaginativa esté perpetuamente en inaccion, y por consiguiente vivan envueltos en las tinieblas de la ignorancia (Angelis 1836, III: 10-11).

La solución sería el establecimiento de escuelas en todos los pueblos (Angelis 1836, III: 104) donde muchachas y muchachos “se deberian instruir con perfeccion en el idioma castellano” (Angelis 1836, III: 97). Propone hasta la fundación en Candelarias de un colegio para ciencias y artes, con biblioteca, y un “hospicio para artes y oficios utiles” donde se formará la futura élite de toda la región. Contrasta nítidamente este programa educativo con el retiro total del Estado de la educación propuesto por Azara. Afirma Doblas que “la buena educacion de la juventud es la parte principalísima para conseguir la civilidad”.

Su crítica de los jesuitas es moderada y libre de acusaciones no fundadas. El régimen practicado por los padres le parece adecuado para relaciones “con pupilos”, “pero no para formar pueblos con ánimo de que sus habitantes adelantáran en cultura y policía, segun ha sido en todos tiempos la voluntad del Rey” (Angelis 1836, III: 16). Compara el paternalismo de antes con los muchos abusos de la administración moderna y propone, en lo económico, un modelo de producción y consumo en común que llama “factoria” (Angelis 1836, III: 81) y que es una versión ligeramente modernizada del antiguo modelo comunitario del tiempo jesuítico.

Por lo que atañe a la lengua guaraní, se abstiene Doblas, como Alvear, de expresar o reproducir juicios negativos. Parece que tenía cierto conocimiento de la lengua. Observa que los guaraníes “carecen en su idioma de las letras L, F, y R, ásperas” y por eso “ni pueden pronunciar bien el latin, ni el castellano” (Angelis 1836, III: 64), y está informado de la importancia que tiene la elocuencia en la vida política de los guaraníes (Angelis 1836, III: 11). Además, Doblas es un gran admirador de la medicina popular de los indígenas que dan “nombres propios en su idioma” a las muchas yerbas medicinales y lamenta que

“el beneficio de su conocimiento no se podrá lograr con utilidad, entretanto no se destine un inteligente que descubra sus virtudes y determine sus usos” (Angelis 1836, III: 8). Veremos que esta integración del saber indígena al conocimiento occidental es la tarea que se propone Azara.¹⁰

5.4 De César

Terminamos esta breve visión panorámica con las observaciones que dedica Julio Ramón de César, uno de los demarcadores, miembro subalterno de la cuarta comisión, al guaraní.¹¹ De César que actúa en América desde el año 1784, se radica en Asunción. Escribe su memoria de mala gana: “Fui mandado para que yo siguiera un diario” (César 2002: 41), se reconoce a sí mismo un “genio adusto” (César 2002: 41) y es verdad que entre todos los autores que tratamos aquí, este admirador incondicional de la Inquisición (César 2002: 301-305) es el menos inspirado, el más pedante y el único que expresa repetidamente su odio al país adonde tuvo que ir por orden de sus superiores.

Sin embargo, es en su Memoria que encontramos la más larga descripción del guaraní (el de los paraguayos) y unas observaciones que se distinguen por un notable esfuerzo analítico de las generalizaciones jocosas de Azara. Vale la pena reproducirlas in extenso (con sus incongruencias gramaticales) por esta razón. Aflorace en ellas, además, otra peculiaridad que no encontramos en los españoles quienes como Azara se consideran todavía dueños de América y es el sentimiento de ser el extranjero excluido por una lengua a la vez difícil de aprender y enlazadora cuando aprendida:

Ydioma. El guarani es el dialecto general, pero adulterado. En los pueblos de Misiones es donde se habla con toda perfeccion. Se [sic] pronunciacion es aspera, gutural, narigal y compuesta de ambos a un tiempo. De una frases sin la mas minima conexion a otros ydiomas. De una dificultad insuperable a los forasteros y particularmente adultos para adelante. Solo para los que vienen mui niños a estas tierras les es algo accesible y a los que con empeño e interes, por medio de su ociosidad aprenderla de memoria abituando con el uso, la perfeccion.

Un buen gramatico latino o castellano encontrará mil inconvenientes; a mas de su difícil pronunciacion, regularmente, carece en la composicion de prenombre [sic] articulo o preposicion. No usa tratamiento para dis-

10 Por lo visto, Doblas no estaba al tanto de la farmacopea de los jesuitas.

11 Su memoria fue publicada, en 2002, bajo el título de *Noticias del Paraguay* por la Academia Paraguaya de Historia (César 2002).

tinguir clase de sugetos; usando de los mismos terminos hablando con principe o con un plebeyo; verbi gratia, para decir: vengase usted a mi casa y pasaremos a la casa de Pedro; dicen: Eyó nde yahá Pedro rope. Que, literalmente construida, es: Ven, vamos Pedro casa. Y para hablar con estilo a alguno de caracter o dignidad le hablan impersonalmente, porque en lugar de decir: eyó nde, que quiere decir: ven; dirá espó¹², que es: venga. Y otras muchas irregularidades, segun nuestro ydioma, que por no entender yo el guaranis, no puedo expresar ni darme a entender. Aseguran que es elegante, pero he notado en muchissimas ocasiones que aun hablando entre ellos necesitan repetirles la oracion, 2, 3, y mas veces, para comprenderlas; luego, no deve ser muy expresiva, por falta de buena construccion.

El europeo o forastero que alcanza a poseer este ydioma, olvida casi enteramente el castellano; en terminos que usa mezclados e interrumpidos los vocablos o dicciones con el mismo ydiotismo que estilan los hijos de este suelo.

Los jesuitas compusieron Arte Gramatical, con precepto que arreglaron a nuestro ydioma, que nunca usaron los guaranis, aunque christianos, muy barbaros (César 2002: 209-210).

6. Azara haciendo uso del guaraní

6.1 Crítica de Buffon y de sus precursores

Muy diferente de la imagen negativa que da Azara hablando sobre el guaraní es la impresión de esta lengua que transmite cuando está haciendo uso de ella en sus obras de naturalista. No falta la polémica en sus *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Rio de la Plata* (Azara 1802).¹³ Pero se dirige, en dosis

12 Talvéz *pejo*.

13 Es una versión “aumentada, rectificada y muy mejorada”, según dice el autor en la dedicatoria dirigida a su hermano Nicolas. Se refiere a su manuscrito anterior traducido al francés por M. L. E. Moreau – Saint-Méry bajo el título de *Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay par Don Félix de Azara. Traduits sur le Manuscrit inédit de l'Auteur. Par*, Paris, An IX (1801). La traducción al francés, hecha precipitadamente y sin autorización definitiva del autor (Azara 1801: VI) está mucho más difundida en el mundo científico que la versión castellana. La traducción contiene un interesante capítulo sobre “l'Orthographe et la Prononciation” del guaraní (Azara 1801: LIX-LXVI) que falta en el texto castellano. Sería importante para la historia del conocimiento de las lenguas americanas en Europa saber de donde sacó Moreau sus informaciones. Dice el traductor que “L'orthographe offre les mots Guaranis en sons de la langue française”, (Azara 1801: LIX). Se basa, sin embargo, a veces en convenciones del castellano. Escribe, por ejemplo, *Guazoubira* “ciervo rojizo”, y no *gouassuvira*, como sería más lógico en francés. Imita, por lo visto, la transliteración del nombre al castellano que Azara realiza como *Güazubirá*.

mucho más moderada y de manera más velada, a la gran autoridad científica de la época, que es Buffon y, en dosis más fuerte y abiertamente, a los viajeros cuyas descripciones copió el naturalista francés. Lejos de las bibliotecas europeas, pareciéndole “que jamas habia de salir de entre fieras” (Azara 1802: Prólogo, VII), Azara solo tuvo acceso, en Buenos Aires, a la *Histoire Naturelle*:

Como no he leído otra obra que la de Mr. Buffon, me he visto como forzado á preferirle en mis críticas; pero es bien fácil conocer, que no son tanto contra él, como contra los Viageros y Naturalistas, de quienes copió los errores que impugno (Azara 1802: Prólogo, VII).

Sin embargo, no oculta Azara las dos ventajas que tiene él sobre Buffon. Buffon “no tuvo la proporcion que yo para exâminar algunas [especies]” (Azara 1802: Prólogo, VII). El periodo de sus estudios directos de la naturaleza era, además, muy largo:

Gasté en estas tareas los ratos que pude desde el año de 1782 al de 1801; poniendo todo mi cuidado en decir la verdad sin exâgerar nada, y en conocer y expresar los caractéres de los animales, cuyas descripciones hice en su presencia (Azara 1802: Prólogo, I).

La otra ventaja es la de la lengua. Azara, probablemente mediante ayuda de “lenguaraces”, registra sistemáticamente los términos indígenas que dan los guaraníes a los animales y sabe analizarlos. Se complace a corregir las interpretaciones lingüísticas de Buffon. He aquí un ejemplo entre muchos. Hablando del *mborebí*, Azara dice:

Buffon le llama *Tapir* y *Anta*, fundándose en decir Condamine, que son estos nombres los que le dan en el Brasil; donde, segun Marcgrave y Pison, le conocen por *Tapiier eté*. Con este motivo dice Buffon que el adjetivo *eté* significa grande, y que dicho nombre equivale á *Tapir grande*; pero no hay tal, porque *eté* equivale á *con propiedad* ó *por excelencia*. Y contrayéndonos al caso presente, digo que *Tapiier* no es nombre del Pais, y que está alterado; lo mismo que el *Tapihire* que le da Thevet. El de *Tapiruzú*, que le impuso Leri, significa *Tapir grande*; y los de *Ent*, *Danta* y *Ante*, que le dan varios Autores, son corrupcion de *Anta*. El de *Beori*, que tiene en Nueva España, no difiere mucho de *Mborebí*. Los de *Mula*, *Asno*, *Vaca* y *Puerco silvestre*, que otros le han impuesto, son tan impropios como las comparaciones con estos animales domésticos. En Guayana y Cayena le llaman *Maypuri*, y en el Perú *Vagra*, segun mi Autor [= Buffon]. Este no ha visto á la bestia, y se halla precisado á copiar las noticias de los Autores con las descripciones de Marcgrave y Barrere (Azara 1802, I: 7-8).

Lo critica a Buffon también por su desconocimiento de los sentidos especiales que pueden poseer palabras castellanas en América:

Añade [Buffon hablando del pecarí] que prefiere las montañas á los valles y llanuras; porque ignora que aquí solo entienden por montañas á los bosques grandes, donde viven ámbas especies, esten ó no en valle, llanura ó elevacion (Azara 1802, I: 26-27).¹⁴

6.2 Los testigos de Azara

¿Quiénes eran los testigos en los que se fiaba Azara? En primer lugar, sus propios ojos: “Yo en esta parte doy por cierto lo que he observado”. Después, sobre todo “por lo que hace á costumbres, [que] son mas dificiles de averiguar”, recurre a los fidedignos: “y de lo infinito que he oido, solo he apuntado algunas cosas, porque me han parecido ciertas, y porque me las han dicho sujetos de verdad muy conocida” (Azara 1802: Prólogo, III-IV). Entre ellos figuran amigos como Pedro Blas Nosedá (Azara 1802, I: 33), cura de San Ignacio Guasu, que comparte su pasión por los pájaros, y otros compatriotas con raíces europeas pero establecidos y talvez ya nacidos en América (criollos). A ellos les suele llamar Azara genéricamente “estos españoles” (Azara 1802, I: 32). Algunos se individualizan, como por ejemplo “D. García Francia” (Azara 1802, I: 221) o Don Rudexindo Ezcurra, presentado como uno de los “prácticos” y llamado irónicamente “el mayor corsario de ellos” (Azara 1802, I: 51). Otros se califican como “Españoles de mucha razon [...] me aseguran que [...]” (Azara 1802, I: 66).

Y están, siempre anónimos, los muchos “indios”, especialmente los guaraníes, citados por lo común al inicio de cada artículo: “Núm. I. / Del Mborebí. / Así le llaman los Güaranís: estos Españoles *Gran bestia*; y los Portugueses *Anta*” (Azara 1802, I: 1). En caso de variación, Azara se inclina a dar la preferencia a lo que opinan los mas veteranos entre los indígenas:

L’Yagouarouñdi. / Plusieurs anciens Indiens m’ont dit que tel étoit le nom du quadrupède qui m’occupe en ce moment; d’autres m’ont assuré que l’Yagouarouñdi est l’animal que je place après celui-ci. Il y en a aussi beaucoup qui appellent l’un et l’autre *Eira*. Dans de pareilles circonstances, où il est nécessaire de choisir les noms, j’ai trouvé convenable de conserver au quadrupède actuel celui que m’ont indiqué les vieux In-

14 El traductor francés cae en el mismo error, a pesar de las advertencias de Azara que reproduce fielmente, cuando, hablando de la boleadora, dice que “Nul montagnard ne monte à cheval sans ces boules et ce nœud” (Azara 1802: I, 52), traducción bastante libre de “Ningun campestre monta sin llevar tales bolas y lazo” (Azara 1802, I: 32); cf. también *nœud* y *lazo*.

diens, et de nommer le suivant *Eira*, quoique l'on donne aussi ce dernier nom à mes furets (Azara 1802, I: 171).

En su edición española “rectificada”, Azara renuncia a la autoridad de los viejos:

NÚM. XVI. / DEL YAGÜARUNDÌ. / Parte de los Güaranís da este nombre á la fiera presente: otros le aplican á la que sigue: y muchos dan á ámbas el de *Eyrá*. En estas circunstancias, me ha parecido aplicar á cada fiera uno de dichos nombres, aunque tambien llaman muchos *Eyrás* á mis primeros Hurones (Azara 1802, I: 156); obsérvese el plural españolizante en -s de *Eyrás*).

6.3 Autoridad del guaraní

Por lo general, Azara da más autoridad al nombre guaraní que al término que le aplican al animal “estos españoles”:

DEL GÜAZÚ-PUCÚ. / Significa Cierbo largo, y le dan este nombre los Güaranís. Estos Españoles le llaman Cierbo, quizás figurándose que es de la especie de Europa, y se equivocan (Azara 1802, I: 33).

A veces conserva el nombre castellano porque, a pesar de no ser correcto, es el que el uso ha recibido:

DE LA MULITA. / Los Güaranís le llaman Tatú-mburicá (Tatú mula), aludiendo á que sus orejas son grandes, derechas y paralelas como en la Mula. Por la misma razón estos españoles le dan el nombre que conservo, aunque impropio, porque por él le conocen todos (Azara 1802, II: 156).

Azara restituye, introduciendo en la ciencia la terminología indígena, los derechos lingüísticos de los guaraníes de denominar las cosas de su mundo y esto no por haber sido ellos los primeros en hacerlo sino por haber acertado las características del objeto.

Por lo general, la estructura de cada capítulo es siempre la misma. Le asigna Azara al término en guaraní el primer lugar por ser el más correcto y el usual en el país, sigue el nombre en castellano y a veces en portugués acompañados los dos por observaciones críticas, se agrega la descripción del animal y de sus hábitos basándose Azara en su experiencia propia y termina el capítulo con una extensa y bastante severa revisión de lo que dicen Buffon y los autores utilizados por él acerca del animal.

6.4 Observaciones sobre Azara guaranitólogo

En la gran mayoría de las denominaciones indígenas la reproducción del nombre por Azara es lexicalmente correcta así como su análisis semántico. Observa con exactitud, valiéndose del carácter aglutinante del guaraní, que “Los Güaranís llaman Güazu á todo Venado, y los diferencian con adjetivos” (Azara 1802, I: 29) que son “güazú-pucú – Cierbo largo” (Azara 1802, I: 33), “güazu-tí – Cierbo blanco” (Azara 1802, I: 41), “güazú-pitá – Cierbo roxo” (Azara 1802, I: 51) y el “güazú-birá” cuyo nombre no traduce (viene talvez de virai “rojizo”). No faltan, naturalmente, errores menores. Dice, por ejemplo, del “MICURÉ: “Los Güaranís le dan este nombre, cuya última sílaba significa *Hediondo*” (Azara 1802, I: 209). Son, en realidad, las dos últimas sílabas (*ure*). Se nota, además, que el pasaje de la primera versión (que es la base de la traducción al francés) a la edición castellana incluye correcciones de los datos en guaraní. Hablando del *eira* niega la existencia de las formas *haira* y *taira*:

Il est certain, toutefois, que le *Haira* de Buffon n'est pas le chat d'Europe, mais le Pampa ou l'Yagouarouñdi que, comme je l'ai dit, beaucoup de personnes nomment *Eira*, et non *Haira* ni *Taira*, comme l'écrivit Buffon (Azara 1802, I: 176).

En la versión española dice con más diplomacia: “En quanto á los nombres de *Hayrá* y *Tayrá*: tengo por cierto son derivados de *Eyrá*, que es como llaman los Güaranís á algunos de mis Gatos” (Azara 1802, I: 166-167). No llega, sin embargo, a la identificación de que se trata de una misma palabra que es del tipo triforme. En no pocos casos Azara registra variantes de la denominación en guaraní y a veces se atreve a corregir alguna de ellas. Ejemplo:

DEL ÑURUMÍ, Ó YOQUÍ. / Ambos nombres le dan los Güaranís, aunque más comunmente el primero, que esta alterado; pues debe ser *Yurumi* (Boca chica), y acomoda á la bestia (Azara 1802, I: 66).

Sin embargo, *ñurumi* es posible y se puede explicar el primer sonido como asimilación nasal progresiva a la *m* de *mi*, ya no interpretado como palabra autónoma (“chica”). De la misma manera, no llega hasta la comprensión del significado propio de *sarigüé* que es “indomable, arisco” pero sabe que

Este nombre, que escribo como corresponde al idioma del país, está vinculado en el Paragüay á una division de la Nacion *Payagüá* de Indios bárbaros, y el de *Sarigüeyá* ó *Zarigüeyá* significa *Xefe de los Sarigüés*;

por consiguiente tales nombres son inadmisibles para ningún animal (Azara 1802, I: 236),

lo que, dado el significado de “arisco”, no es cierto.

El análisis fonético es mucho más superficial. Suele indicar por el acento agudo la posición más frecuente del acento en el guaraní que se coloca justamente en la última sílaba de la palabra. No indica, contrariamente a la tradición establecida por los jesuitas, la nasalidad (cfr. *güazutí*, *güazupitá* que terminan en vocal nasal como lo indica la grafía moderna del guaraní *guasutĩ*, *guasupitã*) y falta también, como en la grafía jesuítica, la indicación del corte glotal (“puso”). Así, escribe *caaigüaré*, “hediondo del bosque” u “oso hormiguero chico” (Azara 1802, I: 74) sin señalar el corte glotal en *caa* (“bosque”, *ka’a* en grafía moderna). Tampoco identifica la vocal central [ç] (<y> en la grafía moderna) tan característica del guaraní. Escribe *tañicatí* “pecarí” (Azara 1802, I: 19) que es *tañykatĩ* en la grafía moderna. La <y> es variante de <i> en sus transliteraciones. Así, el índice del tomo I indica *Agüarachay* (*aguaracha’i*, carnívoro semejante al zorro) que en el capítulo respectivo se escribe *agüaráchai* (Azara 1802, I: 271).

7. Conclusión

Podemos decir en resumen que Azara naturalista aprovecha acertadamente los conocimientos zoológicos que los guaraníes han condensado en sus términos y que los usa como armas en la lucha contra sus competidores científicos a quienes trata, sin embargo, como caballero. Contrastan sus tratados zoológicos con las obras destinadas a un público más vasto.¹⁵ Es fuerte la diferencia entre la imagen del guaraní que da Azara en sus *Apuntamientos* (Azara 1802-1805) y la caricatura a la que él reduce al guaraní y a sus hablantes en sus *Viajes y Descripciones* (Azara 1998; 1990). El lector moderno reconoce fácilmente el paralelismo metodológico entre Azara y los jesuitas. De ambos lados recurren sistemáticamente a la terminología indígena.¹⁶ Y nos es grato descubrir que hay congruencia en la ciencia de los que son adversarios en la política.

15 Y se podrían someter al mismo análisis sus *Apuntamientos para la historia natural de los Pajaros del Paragüay y del Rio de la Plata* (Azara 1802-1805).

16 Compárese, por ejemplo, Sánchez Labrador (1968) con las obras zoológicas de Azara.

Bibliografía

- Alvear y Ponce León, Diego de (1836): *Relación geográfica e historica de la Provincia de Misiones*, en: P. de Angelis, IV, pp. 1-106
- Angelis, Pedro de (1836): *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Rio de la Plata ilustrados con notas y disertaciones por Pedro De Angelis*, 6 vols, Buenos Aires: Imprenta del Estado.
- Azara, Félix de (1801): *Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay par Don Félix de Azara. Traduits sur le Manuscrit inédit de l'Auteur. Par M.L.E. Moreau – Saint-Méry*, Paris: Pougens. An IX.
- Azara, Félix de (1802): *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paragüay y del Rio de la Plata, escritos por Don Felix de Azara*, 2 vols, Madrid: Ibarra.
- Azara, Félix de (1802-1805): *Apuntamientos para la historia natural de los Paxaros del Paragüay y del Rio de la Plata*, 3 vols, Madrid: Ibarra.
- Azara, Félix de (1809): *Voyages dans l'Amérique méridionale*, 4 vols. y "Collection de planches", Paris: Dentu.
- Azara, Félix de (1836): *Informes sobre varios proyectos de colonizar el Chaco*, en: Pedro de Angelis IV, pp. 3-16.
- Azara, Félix de (1847a): *Descripcion e historia del Paraguay y del Rio de la Plata*, obra póstuma de Don Félix de Azara publicada por su sobrino el Sr. D. Agustín de Azara, marqués de Nibbiano, etc. Bajo la direccion de Don Basilio Sebastian Castellanos, anticuario de la Biblioteca Nacional, etc. etc., Madrid, 2 vols., Imprenta de Sanchiz.
- Azara, Félix de ([1847b] 1996): *Memorias sobre el estado rural del Rio de la Plata en 1801; demarcación de limites entre el Brasil y el Paraguay á últimos del siglo XVIII, é informes sobre varios particulares de la América meridional española*. Escritos póstumos de Don Félix de Azara, Brigadier de la marina española, y autor de las obras que tratan de los *Pájaros, Cuadrúpedos y Descripción e Historia del Paraguay y del Rio de la Plata*. Lo publica su sobrino Don Agustín de Azara, Marqués de Nibbiano, caballero de la Real orden de Carlos III, etc. Bajo la dirección de Don Basilio Sebastián Castellanos de Losada, Bibliotecario-Anticuario de la Biblioteca Nacional, etc., etc. autor de las notas y observaciones que acompañan á estos escritos y de otras obras científicas y literarias. Edición Facsímil, Zaragoza: La Real y Excma, Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, Madrid.
- Azara, Félix de (1990): *Descripción general del Paraguay*, Ed. de A. Galera Gómez, Madrid (es ed. parcial de la *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes*, edit. Por R. R. Schuller, Montevideo 1904).
- Azara, Félix de (1998): *Viajes por la América meridional* [trad. esp. de Azara 1809], 2 vols, Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- Bauzá, Francisco (1895): *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Reseña preliminar, Montevideo: A Barreiro y Ramos.

- Brabo, Francisco Javier (1872): *Colección de documentos relativos á la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay, en el reinado de Cárlos III*, pp. 100-107, Madrid: Perez.
- Cardiel, José (1988): *Las misiones del Paraguay*, Sáinz Ollero, Héctor (ed.), Madrid: Historia 16.
- César, Julio Ramón de (2002): *Noticias del Paraguay*, Asunción: Academia Paraguaya de la Historia.
- Doblas, Gonzalo de (1836): “Memoria historica, geografica, politica y economica sobre la Provincia de Misiones de indios guaranis”, en: P. de Angelis, III, pp. 3-116.
- Domínguez, Manuel (1901): *Estudios sobre la Atlántida*, Asunción.
- Hernández, P. Pablo (1913): *Organización Social de las Doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, 2 vols., Barcelona: Gustavo Gil.
- Maeder, Ernesto J. A. (1992): *Misiones del Paraguay: conflicto y disolución de la sociedad guaraní*, Madrid: Mapfre.
- Mañé Garzón, Fernando (1996): *Historia de la ciencia en el Uruguay*. Tomo II: *De las Misiones Jesuíticas al fin del siglo XVIII*, Montevideo: Universidad de la República.
- Marqués de Avilés (1800): [Informe, copia del Archivo de las Indias, Sevilla, A I, Buenos Aires 322].
- Melià, Bartomeu (1990): *Una nación, dos culturas*, Asunción: Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasch”.
- Melià, Bartomeu (1992): *La lengua guaraní del Paraguay*, Madrid: Mapfre.
- Melià, Bartomeu (2003): *La Lengua Guaraní en el Paraguay colonial*, Asunción: Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasch”.
- Ocampos Caballero, Augusto / Rodríguez García, M^a Rosario (1995): *Félix de Azara. Ciudadano de Honor de Asunción*, Asunción: Imprenta Nacional.
- Sánchez Labrador, Francisco José (1968): *Peces y Aves del Paraguay natural ilustrado, 1767*. Ed. de Castex, Mariano N., Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.
- Thun, Harald (2003): “Evolución de la escrituralidad entre los indígenas guaraníes”, en: Ridruejo, Emilio / Fuertes, Mara (eds.): *I Simposio Antonio Tovar sobre Lenguas Amerindias*, 9-24, Tordesillas: Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal; Universidad de Valladolid.